

Pseudónimo: Camino

### ***Puertas abiertas***

Detecto el extraño movimiento de manos por debajo de las mesas y me levanto como un resorte, rastreando su origen. Otra vez. Otra vez ellos.

—Sergio. Manuel. Dadme ahora mismo ese papel.

Los chavales niegan con la cabeza. Contienen esa risa nerviosa, insultante. El silencio invade el resto de la clase, conocedora del contenido de la nota.

—Venga, las manos fuera—insisto.

Ambos las sacan del interior de la cajonera con las palmas hacia arriba. Un papel arrugado cae al suelo. Me agacho y lo recojo con un suspiro.

—Ya está. Ya pasó la gracia. Ejercicio B de la misma página. —Un murmullo de carcajadas frustradas recorre el aula—. Por favor... ¡Por favor! ¡Silencio ya! Ejercicio B: el *listening*. Todo el mundo atento.

Me siento frente al ordenador y activo el audio. El sonido de cuchillos y tenedores entrecrocando da paso a las voces de dos entusiasmados británicos. Me regalan dos minutos de tranquilidad. Repaso la clase con la mirada: la mayoría tiene las narices metidas en el *activity book*.

Observo el papelajo. Dudo un instante, pero lo termino abriendo. Una corriente de fuego me recorre por dentro; avanza desde el vientre y se instala en mi boca, dejándola seca. Me quema. Me quemó.

Respira, Blanca. Por favor, que no se note. Que no se note que lo has leído. No puedo más. No aguanto ni un minuto más. Para. Para. Vas a romper

el boli. Cómo me gustaría clavárselo en el ojo. Primero a Sergio. Sí, Sergio, tú, pequeño cabrón. Y tú no te quedas atrás, Manuel...

—Perdón, Blanca... ¿Podemos escucharlo otra vez? —pregunta Javier desde la segunda fila.

Mi mente vuelve a la realidad de la clase. Enfoco la mirada y choco con los ojos expectantes de los alumnos. Sergio y Manuel se tapan la boca, los hombros convulsionando.

—Claro, Javier. Venga, todos listos que lo pongo de nuevo. ¡Sergio, Manuel! Vale ya. Último aviso: a la próxima os vais fuera.

Aprieto los dientes y hago pasar a los ingleses del restaurante.

\*\*\*

Llego a la sala de profesores un poco más tarde de lo normal. Lo he hecho adrede, no me apetece aguantar a nadie. La madera cruje bajo mis pies al rodear la mesa atestada de papeles y libros de los profesores ausentes. Me inclino para guardar los míos en la cartera. Vuelvo a abrir el papelito incautado y lo escondo.

El sonido vibrante de la cafetera rompe la calma. El aroma pronto penetra en la sala y la envuelve. «Tenemos que abrir las dos puertas para que pase la loca. ¿Cómo lo hacemos?». Repaso una a una cada palabra de la estúpida nota que estaba viajando en la clase. Agarro la taza con las dos manos. Arde, pero aprieto más fuerte. Cuelo la mirada por el hueco abierto entre mis brazos y el café. Completan el vacío primero el pecho y, después, el vientre. Vientre es una palabra demasiado fina.

—¿Qué tal? ¿Leyendo los posos del café?

El parqué habría delatado a Joso si yo no estuviese en otro mundo. Qué pocas ganas de dar conversación.

—Hola, Joso. Sí, aquí estoy. Pero esto parece escrito en otro idioma.

—No todo va a estar en inglés, jojojo. Yo siempre digo que nos invade el inglés por todas partes.

Hago una mueca que pretende ser una sonrisa. Pruebo el café, quema casi tanto como la tensión silenciosa entre nosotros. Joso es un apodo estúpido. José no se pronuncia así en portugués, pero él dice que le acerca a su tierra, un pueblo perdido en la raya con Portugal. Es un dato más de la historia de éxito que protagoniza el mejor profesor de matemáticas del departamento.

—De lunes, ¿eh?

—He tenido una mañana complicada—contesto, seca. ¿Por qué se empeña en seguir hablando?

—Los chavales nunca te lo ponen fácil. Tendrás que acostumbrarte, qué le vamos a hacer. Es algo que no te enseñan en la facultad. Mira, yo lo he aprendido a lo largo de estos siete años de experiencia. Además, todavía te queda tiempo aquí, ¿no?

—Sí, al final Sara ha pedido una excedencia.

—Y yo que me alegro. Un cursito más que te apuntas. Toda experiencia cuenta, sobre todo si no has empezado hace mucho.

Joso me enseña los dientes en una sonrisa perfecta. Asiento un par de veces, sin poder desviar la mirada de su dentadura. Son blanquísimos, estirados como pétalos de una margarita. Me dan ganas de arrancárselos uno a uno.

—¿Y qué te han hecho esta vez? ¿Qué clase era? Mira, en el último examen yo pesqué a tres copiando con unas chuletas súper curradas. Cuando se las quité me dieron ganas de felicitarles. ¡Obras de arte en miniatura! Pero evidentemente suspendieron el examen.

Qué sabrás tú de obras de arte. Me encojo de hombros como respuesta. Suena el timbre y Josó se pone nervioso. Le examino con atención mientras rebusca sus libros en la mesa. Lleva una camisa de cuadros que deja entrever su torso trabajado. Los pantalones chinos se ajustan a sus atléticas piernas a la perfección.

—Vaya, qué corto se hace siempre el descanso... —dice sacudiendo la mano en diagonal.

Dejo el café a medias junto a la máquina. Ya lo recogeré cuando sea. Como si se queda ahí para siempre.

—Ay, madre, que tengo que ir al otro edificio... Hablamos, ¿vale? —añade.

Josó sale corriendo con grandes zancadas antes de que la marabunta de profesores llene la sala. Me ignoran. Me doblo sobre la silla donde he dejado mi cartera y mi cuerpo escupe las lorzas hacia fuera.

Las miro y pienso en Josó. Desde el primer día conquistó a todo el personal con su porte y su eterna conversación. Ese humor gracioso trae locas a todas las profesoras. Menos a mí. Josó es la versión en masculino de lo que mis padres hubieran querido que yo fuese.

\*\*\*

Perdedora. Perdedora. Perdedora. Contemplo el despliegue de papeles encima de la mesa del comedor. Con las alas abiertas, los temas de la oposición comparten espacio con el mantel. Hace días que están sin tocar.

Estoy tirada en el sofá y la gordura se derrama hacia fuera. Pongo la televisión. Están dando un reportaje sobre los atentados del 11M. Es un anticipo, la fecha se cumple la semana que viene. ¿Ya hace diez años de aquello?

La Blanca de hace una década empezaba la carrera, historia del arte. Hizo el máster en Sussex porque quería trabajar en el TATE o en el MOMA. Se cuidaba, entrenaba a diario y hasta corrió una media maratón. Pero volvió. Entonces empezó la sequía de oportunidades, de trabajo, de vida. Hasta que su padre sugirió cambiar el rumbo iniciado:

—Para algo te habrá valido el máster, digo yo. Nos ha costado un ojo de la cara —me decía mientras pringaba la salsa de las albóndigas.

—No voy a enseñar inglés. Enseñar inglés es humillante, cualquiera puede hacerlo. Gente sin talento. Yo busco otra cosa.

—Trabajo es lo que tienes que buscar. Algo que hacer más que estudiar, que ya es hora. La época para estudiar ya se acabó.

Me levanto y apago la tele. He dejado de prestar atención. Mi mente ha iniciado su propio viaje en el tiempo sin mi permiso. Humedece mis ojos. No debo permitir que vaya más lejos. Agarro la escalerilla que guardo bajo el fregadero y la extiendo frente al armario de doble puerta. Voy a frenar esto. El algún punto del altillo están las deportivas. ¡Por fin!

Desciendo con cuidado sosteniendo todo el peso de la bolsa con calzado pasado de moda. Piso tierra firme y deslizo la puerta del armario. El espejo

muestra la escalera desdoblada como una vía hacia otra vida. Yo la rechacé. Sí, lo hice: rechacé esa otra vida cuando mi padre me plantó doscientos euros en la mesa de la cocina y dijo:

—Estos son los últimos. Tú decides qué haces con ellos.

Daba para un billete de avión o para el título oficial de inglés. Suelto una horquilla del pelo y la hundo en la tripa, entre todo aquel despliegue de sobrepeso. Siento cómo brota el dolor, pero es efectivo: el pasado desaparece.

Vuelvo a casa empapada, con el pelo pegado a la cara. El frío me paraliza. Dejo las zapatillas de correr junto a la puerta y me doy una ducha hirviendo. Me obligo a aguantar la temperatura: el chorro se me clava como alfileres en los hombros y la espalda.

Me meto en la cama sin cenar. Oigo mis latidos como las pisadas de un animal en la noche. Martillean mi cabeza, me gritan. Me giro en la cama y noto algo cálido junto a mis pies. Me encojo aún más. Estoy sola, pero ese otro pie fantasma sigue ahí, me da toquitos. Primero son casi imperceptibles, después se hacen más fuertes. Me acaban echando de la cama.

Me tiemblan las manos, pero acierto a conectar el ordenador y busco una página de vuelos. Compró un billete a Londres por doscientos euros. Es de solo ida, con fecha 11 de marzo.

\*\*\*

Las voces del 1º B se escuchan desde el pasillo. Me acerco con paso tambaleante. Las agujetas entumecen mis piernas, las acuchillan con su dolor a ráfagas. Piso cada vez más fuerte, regodeándome en el rastro del ejercicio. Es un paso que significa muchos pasos nuevos.

Me asomo a la puerta y hago salir a Sergio y Manuel. Hace dos días los pillé con el papel entre manos. ¿Solo dos días? Parece que han pasado años.

—Por favor, abrid las dos puertas —ordeno.

Los chavales se quedan petrificados, sin saber cómo reaccionar. Están calibrando si hablo en serio o se trata de una broma.

—¡Vamos! ¿No veis que vengo muy cargada?

Sergio es un poco más alto que Manuel pero, aun así, no llega al pestillo. Están en esa edad en que todavía no son adolescentes completos, pero ya han dejado de ser niños. Observo sus intenciones. Manuel no para de mirarme, confundido. Sergio da un par de saltos y consigue levantar el mecanismo.

—¿Qué miras, Manuel? Ayuda a tu compañero.

Se agacha y levanta el pestillo de abajo. Arrastran la puerta. Dirijo la mirada al resto de alumnos detrás de la amplitud de la entrada. Algunos tienen la boca abierta. Atravieso el portal como entrando en otra dimensión. Mi propio arco del triunfo.

—Muchas gracias, ya podéis cerrarlas. Manuel, Sergio, a partir de hoy voy a necesitar que abráis ambas puertas cuando entre o salga.

Al volver a la sala de profesores, guardo los manuales en la cartera. Tropezco otra vez con la nota. La releo, pero la arrugo y la tiro en la papelera del café. Josó me sorprende con las manos en la masa.

—¿Otra vez tomando café a escondidas?

—¡Pero, Josó! Si yo no me escondo de nadie. No me hace falta, ya pasan de mí sin más.

Me río y mi barriga tiembla. Acompaña el movimiento, pero no le hago caso. Joso enseña los dientes y levanta las cejas: le extraña mi buen humor repentino.

—De hecho, no tomo café. En realidad no me gusta, lo hacía casi para llenar los ratos muertos —añado.

—Mmmm o sea que nos engañabas, ¿eh? Pues a mí sí me apetece uno. ¿Me permites?

—Claro, claro.

Me retiro, pero no sé qué hacer, si moverme o si quedarme allí, a su lado. Recuerdo su comentario sobre los posos del café. Es verdad que la vida está escrita en ese idioma, el de las pequeñas cosas.

El estudiante modelo, el joven prometedor de las ideas claras manipula la máquina de café. Retira el filtro gastado y lo arroja a la basura. El plástico de la bolsa se retuerce bajo el peso. Cargado de café y de agua, empuja mi papelajo arrugado hasta el fondo. Joso tararea, en apariencia despreocupado. Intuyo a su ingenio interior buscando esa chispa mágica que prenda la conversación entre nosotros.

Y los sueños, Joso, ¿en qué lengua hablan? ¿Qué margen de error tenemos cuando los intentamos comprender? Tanto tiempo repasando los fallos, analizando las decisiones del pasado, los anhelos del futuro... y ni siquiera he dado con una pista.

—Joso, ¿quieres venirte a Londres conmigo?

Suelto las palabras sin pensar mucho más. Tan pronto las digo, me impactan por dentro. El «caso de éxito» se queda en *shock*. Me mira con los

ojos casi tan abiertos como las puertas esta mañana. Cambio el peso del cuerpo de pie y apoyo mi mano en la cintura.

—Con billete de vuelta, por supuesto. Viajo el 11 de marzo. ¿Qué me dices?